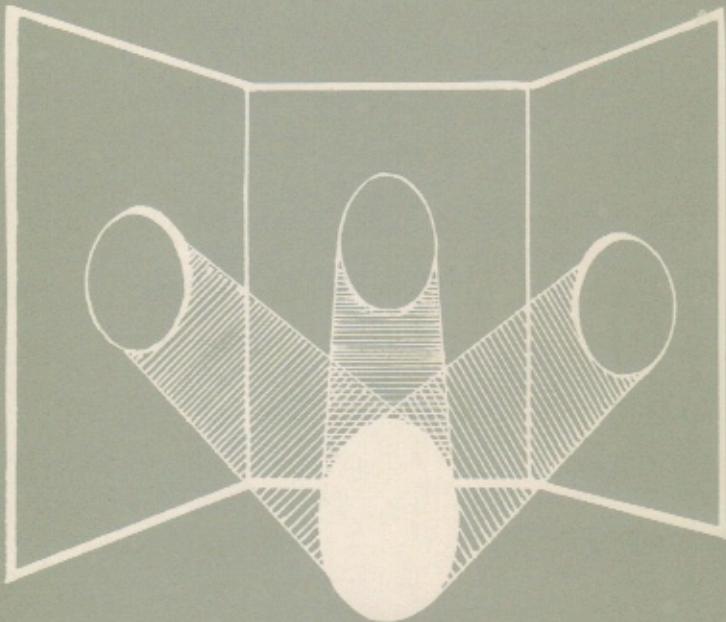


I Seminario sobre identidad

Leticia Irene Méndez y Mercado
Compiladora



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
ANTROPOLOGICAS

I SEMINARIO SOBRE IDENTIDAD

LETICIA IRENE MÉNDEZ Y MERCADO
Compiladora

DIRECTORIO:

Lourdes Arizpe Schlosser
Bernd Fahmel Beyer
Boris Berenzon Gorn

Directora
Secretario Académico
Coordinador de Difusión y Publicaciones

Portada: Leticia Irene Méndez y Mercado

Primera edición, 1992

© Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM
Ciudad Universitaria
04510 México, D. F.

ISBN 968-36-2263-1

D. R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas

ÍNDICE

Introducción: I Seminario sobre identidad	9
La identidad étnica: turbulencias de una definición <i>Andrés Medina</i>	13
Notas sobre identidad, lengua y cultura <i>Juan José Rendón Monzón</i>	28
Resurgimiento de la identidad regional-cultural: tres consideraciones <i>Ricardo Ávila Palafox</i>	50
<u>La identidad como objeto de estudio</u> <i>Maya Lorena Pérez Ruiz</i>	61
Cultura e identidad <i>José Eduardo Tappan Merino</i>	70
San Pablo Oztotepec: un pueblo náhuatl en las orillas de la capital <i>Leif Korsbaeck, coord.</i>	91
Consideraciones en torno a la identidad. La escuela: concreción del conflicto de identidad en los migrantes <i>Leticia Irene Méndez y Mercado</i>	115

acción, en una misma sociedad, de fenómenos y de grupos que no se sientan en el mismo tiempo.⁵ Yo agregaría a esto que la cuestión no sólo es encontrar los muchos tiempos, culturas y sus expresiones concretas, sino identificarse con ellos y asumirlos, defendiéndolos como hombres comprometidos con su tiempo.

LA IDENTIDAD COMO OBJETO DE ESTUDIO

Maya Lorena Pérez Ruiz

La identidad ha sido en los últimos tiempos un campo fértil para la investigación. Los fuertes procesos migratorios contemporáneos, los asentamientos urbanos en grandes concentraciones de grupos culturalmente diferenciados y la persistencia, y aun el crecimiento en números absolutos, de las poblaciones indígenas que conservan sus identidades particulares, han mantenido el centro de atención en ese punto.

Sin embargo, su caracterización y su delimitación como campo de estudio enfrenta serios problemas.

Veamos algunos de ellos.

Consideramos que un problema fundamental al que nos enfrentamos cuando tratamos la identidad de un grupo es el de la historicidad. Es decir, cómo explicar los cambios que sufre un grupo social determinado atendiendo a su vez a los cambios y la permanencia de su identidad, aspecto que de muchas maneras tiene que ver con las relaciones que existen entre las identidades y las estructuras económicas y sociales vistas en una perspectiva histórica.

Al intentar abordar este punto se ha llegado en algunas ocasiones a posiciones extremas, por una parte se encuentran

⁵Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano del Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1983, p. 22.

concepciones esencialistas, que consideran la identidad como algo que permanece en un grupo a pesar de los cambios sociales, políticos y aun económicos. En contraparte, las posiciones economistas han declarado la subordinación de los cambios en la identidad de los pueblos como consecuencia lógica de los cambios en las estructuras socioeconómicas.

Ninguna de ellas, sin embargo, ha logrado dar respuestas satisfactorias ante los procesos contemporáneos en los que las filiaciones a grupos culturales, religiosos y políticos están disminuyendo las fronteras nacionales de varios países.

De esta manera continúan pendientes de dilucidar las relaciones entre la cultura y la identidad, y de éstas con los llamados modos de producción o con las formaciones sociales específicas, en su sentido más amplio.

¿Cuáles son entonces las relaciones y límites entre la identidad y la cultura de un pueblo?; ¿cómo podemos caracterizar la identidad?; ¿cómo poder definirla e identificarla?; ¿cómo explicar su permanencia a pesar de los cambios fundamentales que se suceden en las bases para la reproducción económica?; ¿puede escapar la identidad a la historicidad de los demás procesos sociales?, o en todo caso, ¿qué tipo de relaciones existen entre las identidades, la cultura y esas bases de reproducción económica?

Difíciles preguntas cuyas respuestas habría que buscar construyendo claramente la identidad como un campo de estudio específico, preocupándose por delimitar sus fronteras en relación con la cultura y los procesos de reproducción económica social.

La relación con la cultura y la identidad son importantes; a pesar de las propuestas que concluyen que la identidad no es equivalente a la cultura. Si bien algunos elementos culturales han de convertirse y actuar como aglutinadores, como marcas de identificación del grupo. Dichos elementos culturales, se plantea, no son incorporados de una manera rígida y estática, sino que son adecuados, transformados, cambiados incluso por otros, para que el grupo social pueda adaptarse a las cambiantes condiciones sociales, políticas y económicas que vive. Esta perspectiva permite ubicar la identidad también en una dimen-

sión política en la medida en que los grupos establecen entre sí vínculos de identidad social como parte de una estrategia de control sobre sus recursos y sus condiciones de reproducción social (Bonfil 1986; Barth 1985).

De esta manera, para comprender las transformaciones de la cultura y la identidad de un grupo, debemos introducirnos necesariamente en el análisis de su historia. Pero no para efectuar una suma o una resta de sus elementos culturales, sino para explicar las condiciones y los resultados de esos procesos en los que el grupo ha tenido que ir adecuando sus marcas de identificación, adaptando o integrando nuevos elementos culturales, ampliando o disminuyendo los límites de demarcación del grupo, y transformando su conciencia social para integrar permanentemente su ser social distintivo, que lo diferencia de los otros y le permite proyectarse hacia el futuro como condición necesaria para su reproducción.

Derivado del punto anterior existe un segundo aspecto sobre el que hay que reflexionar en relación con la identidad: la importancia de ésta para la reproducción y la cohesión social de los grupos.

Importancia que se ha puesto de manifiesto con claridad, por ejemplo, en la formación de los estados nacionales. A cada uno de ellos ha correspondido la construcción de una identidad nacional y un proyecto histórico que incluye ciertas características en la reproducción y las relaciones sociales, pero también una construcción discursiva que lo legitima.

En este sentido caben preguntas como las siguientes: ¿son las condiciones materiales específicas las que producen sujetos sociales con características comunes de identidad, o son los sujetos sociales los que construyen una identidad común que les permita consolidar un proyecto compartido bajo determinadas condiciones de producción?

Las respuestas no son fáciles, pero valdría la pena acercarse a ellas con una mejor comprensión de fenómenos como el poder, la ideología y los procesos de significación o simbolización implicados en la reproducción social de los grupos.

En este sentido, un tercer aspecto complementario a los

anteriores, sobre el que vale la pena pensar, es el que se refiere a las relaciones entre las identidades, las clases y los grupos sociales.

«Cuáles son las relaciones existentes entre las clases sociales y las identidades grupales?; ¿cuáles son las relaciones entre las clases sociales y las identidades culturales?

Encontrar las formas de relación y comprender mejor los procesos de dependencia o de interacción entre ellos se torna fundamental cuando han mostrado su inutilidad las formas que las mantenían totalmente independientes, como en las posiciones esencialistas, o en las que se situaba a las posiciones totalmente dependientes y subordinadas a las dinámicas de clase, como sucede con las posiciones económistas.

Vemos que tales argumentaciones no bastan para explicar la gama de situaciones que observamos: grupos con una identidad compartida que tienen dentro de sí fuertes estructuras de estratificación y diferenciación social; clases sociales que agrupan por posición estructural a miembros de diferentes grupos culturales; grupos en los que sí coinciden una posición de clase y una identidad grupal cultural, y grupos familiares, surgidos de conglomerados étnicos específicos, en los que sus miembros ocupan posiciones diversas en la estructura laboral.

Dicho punto quedará sin resolverse si no se busca una mejor comprensión del papel de los sujetos sociales, de su conciencia histórica, de sus ideologías y sus proyectos en la construcción, reproducción y transformación de sus condiciones materiales de existencia social.

El esfuerzo debe colocarse entonces en superar las perspectivas dicotómicas entre el mundo material e ideal para establecer una visión que contemple como indisolubles las conexiones mutuamente constitutivas entre la producción y la reproducción material, y los procesos de producción y reproducción simbólica. En esa dirección son importantes las reflexiones que señalan que los procesos de configuración de las identidades no pueden tratarse sin ser relacionados con los procesos ideológicos, viendo lo idológico en un sentido amplio (Cardoso de Oliveira) como un conjunto coherente de representaciones, valores y creencias

que fijan un universo relativamente coherente no sólo en una relación real entre los hombres, sino también en una relación imaginaria. En ese sentido la ideología no buscaría ni tendría la función de proporcionar a los individuos un conocimiento verdadero, sino que procuraría insertarlos de cierto modo en las actividades prácticas que sustentan dicha estructura social. Es decir, configura un discurso coherente, construido también para eliminar las contradicciones existentes en un sistema social, que posee una naturaleza sistemática, integrada, capaz de contener saberes organizados para ciertos fines, económicos, políticos, estéticos, etcétera, y que pueden ser conscientes e inconscientes.

Intentando una definición que comprendiera las reflexiones anteriores, podríamos decir tentativamente que las identidades, entonces, en un sentido genérico, serían el producto de procesos ideológicos constitutivos de la realidad social, que buscan organizar en un universo coherente —a través de un conjunto de representaciones culturales, normas, valores, creencias y signos— el conjunto de relaciones reales e imaginarias que los hombres han establecido entre sí y con el mundo material, y que resultan necesarias para la reproducción y la transformación social.

La reconstrucción, reelaboración y reconstitución de las identidades implica por tanto procesos de adscripción y exclusión mediante los cuales los sujetos sociales crean, seleccionan, desechan o afirman marcas o rasgos de identificación que son reelaborados simbólicamente y que les permiten aglutinarse como unidad en torno a un proyecto determinado. Tal unidad, sin embargo, puede ser real o virtual, presente, pasada, futura o imaginaria, y se promueve en función de que un grupo social se considere con derechos para identificarse y actuar sobre un universo de elementos culturales que considere propios y que le permita caracterizarse como diferente a otros (Bonfil).

Los procesos de selección y adecuación implican una reelaboración simbólica mediante la cual se omiten diferencias, o se acrecientan o disminuyen, con la finalidad de demarcar los límites entre nosotros y los otros, entre el adentro y el fuera, y

de regular y organizar las interacciones entre los miembros de esa unidad y los que no forman parte de ella.

Así podemos concluir parcialmente que los procesos de identidad son históricos, de modo que conforme son transformadas las condiciones históricas, los grupos aglutinados en torno a una identidad van modificando sus propias condiciones de producción económica y de organización social tanto como el mundo de representaciones ideológicas que les acompaña. De ahí que también los límites del grupo, las reglas de interacción y las marcas de identificación, puedan y deban irse transformando en ese tipo de conciencia social que es la identidad, y con la cual esos sujetos interpretan el pasado, se explican el presente y se proyectan hacia el futuro como un ser distintivo que los diferencia de los otros, y les permite la reproducción o modificación de sus condiciones de existencia materiales y simbólicas, de acuerdo con sus intereses y sus posibilidades históricas.

Un cuarto problema a tomar en cuenta para los estudios de identidad es el del esclarecimiento de los diferentes tipos o niveles de identidad.

Y en ese punto es importante preguntarnos, cuando hablamos de identidades étnicas nacionales, de clase, religiosas, barriales: ¿estamos hablando de procesos y fenómenos semejantes?; ¿estamos hablando de procesos y fenómenos diferentes?; ¿existen mecanismos propios que permitan delimitar cada una de esas identidades como un campo epistemológico diferente, o, por el contrario, estamos hablando de un único campo analítico que adquiere ciertas especificidades según se trate de una u otra forma de identidad?; ¿y cómo entonces tratar las interacciones a veces contradictorias, a veces excluyentes y en ocasiones compatibles, entre diferentes formas de identidad en un mismo grupo social, e incluso en un mismo individuo?

Una línea que permite adentrarse en este tipo de problema es precisamente el intentar construir en torno a la identidad un campo de estudio genérico para cualquier tipo de identidad, que establezca los procesos y mecanismos comunes a todos ellos, al tiempo que permita caracterizar las especificidades temáticas e históricas de cada una.

De esta manera, si se considera que las identidades son producto de procesos ideológicos con los que los hombres buscan organizar en un universo simbólico coherente el conjunto de sus relaciones sociales, sería posible, en el campo genérico de la identidad, identificar diferentes tipos o niveles de identidad en los que participan los sujetos sociales, dependiendo de los límites entre el adentro y el afuera de la adscripción, y, en consecuencia, de los intereses e intenciones con que han sido establecidos esos límites. Habrá, por tanto, identidades individuales, familiares, barriales, étnicas, religiosas, de clase, nacionales, etcétera, y habrá grupos e individuos que participen de varias formas simultáneas de identidad.

Habrá que tener presente, no obstante, que deberá ser también motivo de investigaciones empíricas la posibilidad de establecer los límites e indicadores de cada uno de esos niveles, así como los intereses y proyectos que los motivan y las estructuras lógicas que están implicadas en cada tipo de identidad. Esto nos abre una línea de investigación en la que las diferentes formas o niveles de identidad no son necesariamente excluyentes para un mismo grupo social, más que en la medida en que los proyectos, los intereses y las intenciones con que han sido configurados esos niveles de identidad, puedan resultar contradictorios en sus contenidos.

Y lo mismo vale decir para las relaciones entre las clases y las identidades étnicas: serán contradictorias en la medida en que no haya coincidencia en los proyectos de reproducción social que hayan servido de aglutinadores.

Pero el problema de la relación entre clases e identidades no se agota allí. ¿Qué pasa con la identidad cuando emergen clases sociales con intereses contradictorios dentro de un mismo grupo cultural?; ¿qué pasa con sus proyectos identitarios de futuro?; ¿qué sucede cuando la identidad que se intenta imponer o validar corresponde al proyecto histórico de una clase que domina a otras y a otros grupos culturales?

Nos queda pendiente, pues, dilucidar en los diferentes ámbitos y niveles de identidad cómo se efectúa esa lucha por el control de los recursos, no solamente económicos sino también

por los espacios de producción simbólica, al tiempo que adentrarnos también en el análisis de los mecanismos a través de los cuales se seleccionan los bienes y se crean los elementos y símbolos culturales que han de servir para demarcar y constituir la identidad de los diferentes sectores y clases sociales.

Un quinto aspecto importante para ver la identidad como campo de estudio es tratar de caracterizar los mecanismos, agentes y espacios sociales para su constitución. Las experiencias de formación de las naciones, lo mismo que las reivindicaciones étnicas, están llenas de ejemplos de la importancia de la recuperación del pasado como sustento de los proyectos de futuro en los que se invoca la identidad como elemento discursivo aglutinador.

Conserva la importancia del antes-ahora-mañana como perspectiva de la vida grupal, como memoria histórica que sirve de guía a la acción política y como representación colectiva que permite organizar el conjunto de relaciones sociales en la conciencia de los hombres. Nos remite, no obstante, a preguntarnos sobre la necesidad individual y social de esa continuidad entre el pasado, el presente y el futuro. Y nos obliga asimismo a cuestionarnos acerca de la "objetividad" de esa historia; de los procesos de reinterpretación e idealización a que está sujeta y acerca de la necesidad, o no, de que exista una cierta memoria, cierto inconsciente colectivo que permita y avale, como código de referencia, la posibilidad de fundar una nueva identidad, o la reconstrucción de la propia con base en ello.

Para concluir podríamos decir que solamente la construcción epistemológica de la identidad como un proceso histórico con características propias y comunes a cualquier tipo de identidad, pero que al mismo tiempo permita dilucidar las cualidades y contenidos específicos derivados de las condiciones históricas particulares, podrá ayudarnos en la investigación de las diferentes identidades observables. Solamente ello podrá permitirnos adentrarnos con seriedad en el análisis diacrónico de sus trayectorias y nos ayudará a ubicar las relaciones y contradicciones que hay entre los diferentes tipos y niveles de identidad en la concreción de los individuos y los grupos sociales.

Pero para ello necesitamos ubicar la naturaleza de los procesos identitarios. Se requiere superar las visiones económistas de la cultura, enriquecernos de los aportes hechos por otras disciplinas, como la sociología, la semiología y el psicoanálisis, y conseguir así una mejor comprensión de la ideología, el poder y la hegemonía, el consenso y, en general, de la reproducción social y cultural.